

4. NOVEDADES EN LA HISTORIOGRAFIA POLITICA COLOMBIANA ?

Desde mediados de la década de los 80 se vienen dando a conocer los primeros resultados de investigaciones que implícita o explícitamente versan sobre diversos aspectos de la cultura política de los colombianos. La historia de las instituciones, de los partidos, de los regímenes, de las guerras y de otros temas y procesos, basados en realidades factuales, se ha visto enriquecida con los trabajos de quienes han reorientado sus esfuerzos hacia territorios vírgenes. Muy brevemente nos referiremos a ellos:

El más valioso de todos es el del historiador alemán Hans Konig, quien en el libro *En el camino hacia la Nación* se ocupa del estudio de los elementos constitutivos del concepto de nación en el período que va desde mediados del siglo XVIII hasta la mitad del XIX. Konig parte no del concepto ideal o platónico de nación, sino de los contenidos discursivos con que las elites criollas fueron estructurando el sentido de identidad y de pertenencia, planteando que estos atraviesan por cuatro momentos diferentes en su evolución, tomando en cuenta el análisis de ideas, pensamientos, rituales, simbolizaciones y signos. El texto logra zafarse de la presunción de un "modelo" o "vía" generalmente de corte eurocentrista, según el cual, en la formación de los estados modernos existen fases o etapas que deben ser seguidas por otros, lo que se ha traducido en investigaciones que sacrifican la realidad histórica específica de cada proceso. Quien lea este texto, ricamente respaldado por una copiosa muestra documental y ameno en la exposición de los temas, se encontrará con la novedad de un método que en

vez de disquisiciones teóricas se adentra en el ambiente intelectual de la época y en el pensamiento de los protagonistas, logrando aclarar sistemáticamente los hilos conductores de la formación de un imaginario nacional, desde las reflexiones y el reconocimiento del paisaje, hasta el mito del origen indígena, las fiestas y rituales cívico-patriótico, el alcance dado a los conceptos de "pueblo", "ciudadano", "libertad", "democracia" entre otros, las divisiones que se presentaron entre los criollos en torno de ellos, los fraccionamientos y la fortaleza de las identidades regionales. Aunque König no ubica su investigación entre los enfoques de que venimos hablando, es indudable que ella, por los asuntos contemplados, encaja en el campo del análisis cultural del discurso sobre la nación tal como fue imaginada por los dirigentes criollos.

Otro investigador extranjero, el francés Georges Lomné, escribió un breve e interesante ensayo publicado en la revista *Historia Crítica* bajo el título "La revolución francesa y la 'simbólica' de los ritos bolivarianos", en él, describe los contenidos simbólicos de una serie de rituales patrios como la veneración a la bandera, el uso de escudos, las alegorías sobre la Libertad, que son escenificados en la liturgia de las fiestas cívicas, y cómo todo ello dio lugar a una ritualidad alrededor de la figura del Libertador desde la que se pretendía educar a los ciudadanos de la naciente república en el culto de la figura de Bolívar. El historiador Venezolano Germán Carrera Damas, en el libro *el culto a Bolívar* (Un. Nal 1.987) trazó el curso y las variaciones de la veneración del héroe libertador.

El investigador colombiano Marcos González, ha publicado algunos ensayos sobre las festividades patrióticas en la Colombia del siglo XIX, en

los que intenta establecer una periodización de las mismas teniendo en cuenta no sólo los intereses de los gobernantes de turno, caudillos civiles o militares, sino también, las técnicas de organización de los desfiles, los iconos utilizados, las jerarquías simbolizadas, lo que dicen los decretos relativos a la celebración más importante, el aniversario de la independencia, y el rol desempeñado por ellas en la formación del imaginario patrio.

Aunque en una perspectiva no directamente relacionada con el tema de los imaginarios colectivos, los trabajos de Margarita Garrido, Fabio Zambrano, Fernán González y Francisco Gutiérrez, referidos a la sociabilidad política, es decir a las formas de organización partidista, a las identidades y a la evolución de nociones de la democracia moderna, la dimensión de lo público y lo privado, formas del ejercicio político, etc., son elocuentes testimonios del surgimiento de nuevas temáticas abordadas con nuevas metodologías, que han venido a llenar vacíos de la historia política.

Garrido en su libro *Reclamos y representaciones en el Nuevo Reino de Granada* rescata formas de participación que realizan los estamentos nativos a pesar de la discriminación, en las quejas y reclamos que presentaba la comunidad en el siglo XVIII, que es el tipo de documento en que apoya su análisis, descubre mecanismos sutiles con los que ellos trataban de hacer valer sus derechos o intereses.

Por su parte, Zambrano ha dado a conocer en varios escritos los procesos de sociabilidad política en el siglo XIX estudiando las sociedades democráticas, grupos masónicos, asociaciones mutualistas, y de como a través

de ellas la población entró en la pugna por darle un significado concreto a los conceptos "pueblo", "democracia", "ciudadanía" y otros, mostrando las alteraciones de ese proceso y la aparición entre las elites del temor al pueblo o su apelación a él en momentos de crisis. González (Anuario y Controversia) ha escrito varios ensayos en los que se destaca el esfuerzo por desentrañar las formas de control político de los partidos tradicionales desde el siglo XIX, sus relaciones con las masas, con el poder, el fenómeno del clientelismo, la influencia o lectura del mito jacobino en los sucesos de mediados de la pasada centuria, los conflictos armados, y otros aspectos de la sociabilidad y de nuestra cultura política, a la luz del enfrentamiento entre las fuerzas que representaban la tradición y las que lo eran de la modernidad.

Sin duda, es mucha la tela para cortar respecto de ese enfoque que centra el análisis en la pugna tradición-modernidad, pero es preciso reconocer que lo dicho por este investigador y otros cercanos a su enfoque como Fabio López de la Roche (Controversia), constituye un aporte al develamiento de nuestros problemas desde una perspectiva histórica.

Por último, tenemos el libro recientemente publicado *Curso y discurso del movimiento plebeyo 1849-1854* de Francisco Gutiérrez Sanín, en el que este investigador procede desde el análisis de los discursos producidos por los artesanos y otros sectores populares, a develar las redes de intereses determinantes de los comportamientos políticos. La gran novedad de este texto radica en el uso de técnicas cuantitativas y cualitativas de análisis del discurso popular, logrando configurar algunos cuadros que dan cuenta del

sentido y de la significación que para ellos tenían conceptos y valores cívicos e ideológicos.

Algo más cercano a nuestro tema de estudio y período, tenemos el trabajo de María Victoria Uribe, *Matar, rematar, contramatar* realizado desde la antropología simbólica, y en el que hace un inusual ejercicio en las ciencias sociales del país, al intentar una minuciosa disección simbólica del tratamiento de los cuerpos de las víctimas de las masacres en el Tolima en la época de la Violencia. Haciendo en alguna medida abstracción de la circunstancialidad factual que las rodearon, logró establecer que en los actos de destrucción masiva se expresaba un sentimiento de venganza de la sangre, y que las formas de liquidar al enemigo estaban asociadas a códigos simbólicos, a valores fundamentales de la población involucrada y que los grupos respondían a un juego de lealtades partidistas. Uribe deja en claro que este enfoque puede ser útil para aclarar casos de otras épocas.

Un texto que recupera la perspectiva histórica en el estudio de la Violencia es el de Javier Guerrero *Los años del olvido*. En él, este investigador se remonta a los orígenes los cuales son situados en los años 30 cuando en razón del triunfo liberal se produjeron levantamientos y choques armados en los santanderes y Boyacá entre seguidores de los dos partidos. Después de describir en detalle los sucesos y los actores, se detiene en la coyuntura del 36 para mostrar la evolución de las contradicciones y del ambiente de choque desde un discurso político cuyos contenidos insinúan las valoraciones por las que discurre la violencia simbólica.

desaparecido en el nivel

demonstrado que

En *La mentalidad de las elites sobre la violencia 1.936-1949*, Darío Acevedo pretende, a partir de una lectura sistemática del discurso político, revelar la naturaleza de las representaciones que de los conflictos se hicieron los sectores dirigentes del país. Imágenes, recurrencias míticas, creencias tradicionales, nuevos símbolos y fantasmas, articulados en la memoria colectiva, constituyen el universo espiritual que sirve de marco y de estímulo a los enfrentamientos entre las dos colectividades. A través del análisis de editoriales, titulares de prensa, pastorales, discursos de presidentes y de parlamentarios, declaraciones de directorios partidistas, caricaturas y libros testimoniales de la época, se va encontrando la estructura del imaginario político que preparó las condiciones para el ulterior baño de sangre que vivió Colombia en ese entonces.

Además

En la misma dirección de éste último, se puede ubicar el trabajo de Carlos Mario Perea *Porque la sangre es espíritu*, en el que procede al análisis de lo que él llama la "simbólica de la Violencia" utilizando para el efecto editoriales de *El Tiempo*, *El Siglo* y *Jornada*. Perea pretende demostrar que entre los dos partidos no existían diferencias doctrinarias o programáticas, por lo que se pregunta cual es entonces el motivo del enfrentamiento, avanzando la hipótesis de que este se inspira en "el gesto del enfrentamiento". De esa forma cae en evidente confusión en el manejo de la noción de imaginario, ya que este, como lo han subrayado algunos estudiosos, no se puede circunscribir tan sólo a la órbita de las ideas y programas, porque sería concebir los imaginarios como falseamientos de la realidad y no como representaciones de ella. El que no existieran grandes diferencias doctrinarias entre los dos partidos en esos planos, no indica que hubiesen desaparecido en el nivel de la realidad imaginada, como se ha demostrado que

siguieron influyendo en los hechos diarios, por ejemplo, los debates sobre creencias religiosas y sobre similitud de principios político partidistas con ideologías totalitarias, que tuvieron lugar precisamente desde las tribunas editoriales. Sin embargo, el trabajo de Perea viene a confirmar el carácter promisorio de los nuevos enfoques para el estudio de la cultura política.

El filósofo caleño Edgar Varela en un breve ensayo titulado *La Cultura de la Violencia en Colombia durante el S. XIX*, basado en lectura de fuentes secundarias y en algunos textos de dirigentes políticos del siglo pasado, plantea el problema de la continuidad de una cultura de la violencia que tendría relación con la ausencia de mecanismos de control y de consenso, duraderos y legitimantes del orden social.

El historiador César Ayala, quien integra la línea de investigación en historia política de la Universidad Nacional de Colombia en la sede de Santafé de Bogotá, ha venido utilizando el método del "content analysis" en trabajos recientemente publicados, en uno de ellos, el libro *Nacionalismo y populismo: Anapo y el discurso político de la oposición en Colombia 1.960-1.966*, Ayala intenta por medio del análisis de contenido reconstruir los temas en torno de los cuales se estructuró desde esas dos categorías el movimiento de oposición al Frente Nacional. Apelando a una vasta información de prensa realiza ejercicios de tipo estadístico con el fin de hallar las correlaciones temáticas internas en cada tendencia o movimiento y también las comparaciones entre ellas. Bien valdría la pena en otra oportunidad entrar a debatir sobre los alcances y pertinencia de este método y si el hacer descansar las interpretaciones sobre un aspecto de la cultura política

en datos cuantificables es o no una concesión al empirismo. Entre tanto, debemos reconocer en los escritos de Ayala el haber incorporado esta novedad y el hecho de haber explorado un periodo hasta ahora prácticamente virgen. Como se ve, es indudable que hay un renacimiento de la historiografía política, y lo más importante es que lo que se ha publicado ofrece aportes de diverso orden. En efecto, este despertar se ha producido en el marco de la crisis de los grandes paradigmas de carácter totalizante y del subsecuente surgimiento de nuevas preocupaciones, métodos y enfoques, con los cuales los investigadores han procedido a releer el pasado, a llenar vacíos y a recuperar como objeto de estudio temas y problemas que antes no merecieron atención o que se consideraban aptos para otras disciplinas.

Por ello, el historiador se ha visto obligado a entrar en contacto con los desarrollos de ciencias vecinas en las que ha encontrado herramientas para adelantar sus investigaciones. Gracias a todo ello, hoy por hoy tenemos un mayor conocimiento de las raíces de nuestra sociabilidad y de los imaginarios políticos, de períodos y de problemas tratados desde el análisis cultural, y en suma estamos mejor equipados para seguir rastreando las huellas de los problemas que nos siguen agobiando.

Antes de entrar en materia, permitásenos unas cuantas notas relacionadas con la historiografía de la caricatura. A pesar de no ser ese nuestro tema de trabajo, pensamos que es importante tener en cuenta qué se ha hecho al respecto y con qué pretensiones. No es muy abundante la literatura que se ha escrito, veamos: en primer lugar contamos con el trabajo colectivo patrocinado y publicado por el Banco de la República desde

1.987, en 8 tomos, *Historia de la caricatura en Colombia*, que es el esfuerzo más completo de recopilación de este tipo de producción documental en cuanto cubre diferentes épocas, regiones y autores, dando cuenta de la vida de estos, de las circunstancias políticas en las que les tocó hacer sus trabajos, del tipo de medios utilizados para publicar sus trazos, y también de como en muchos casos las caricaturas informaban del clima político desde una posición de grupo. Son pues documentos útiles en la reconstrucción del pasado. Los ocho volúmenes traen una buena muestra gráfica de caricaturas acompañadas de su respectiva fecha y contenidos. Hay referencias a Rivas Groot, Ricardo Rendón y a Adolfo Samper entre otros. Llama la atención el tomo dedicado a este último, caricaturista por muchos años del diario *El Liberal* y sobre cuyos dibujos basamos parcialmente esta investigación.

En segundo término tenemos el ensayo "Notas sobre un siglo de la caricatura política en Colombia: 1.830-1.930" del historiador José León Helguera. Se trata del primer y único intento, hasta ahora, de análisis sistemático de este tipo de fuente y de su importancia en las luchas políticas. Helguera a medida que va mostrando su articulación con las diversas coyunturas, aporta luces sobre la intencionalidad, los movimientos y facciones que se movían tras de ellas. El escrito reconoce la existencia de una tradición periodística que utiliza la mordacidad, la ironía y el humor para referirse a los problemas nacionales.

En otra perspectiva se ubica el libro de Germán Colmenares Ricardo Rendón *una fuente para el estudio de la opinión pública*, en el cual el finado historiador se dio a la tarea de estudiar en los grafismos de este caricaturista, la pintura de los sucesos y de los personajes de los años de

la decadencia conservadora, y de como ellos contribuyeron a la gestación de una conciencia crítica contra el régimen. Colmenares afirma que la caricatura no es un documento fiable para la reconstrucción de los hechos históricos por su carácter sesgado y porque deforman o exageran la realidad factual con fines irónicos o humorísticos, y eso es razonable, pero no por ello dejan de ser útiles para encontrar datos valiosos como los que él encontró para su estudio de la opinión pública.

Nos hubiera gustado tener acceso a la bibliografía existente en algunos países de Latinoamérica como Argentina, Méjico, Brasil y Puerto Rico, pero por ahora esos textos no circulan en Colombia. Por lo demás, su lectura y aprovechamiento, rebasan nuestro propósito, por lo que tendremos que incorporarlos en una nueva fase de la investigación.

5. CARICATURA POLITICA Y VIOLENCIA SIMBOLICA

Los caricaturistas se inspiraban en la realidad política del momento, un debate en el congreso, la frase de un personaje influyente, un acto de gobierno, en los casos de corrupción, en episodios de violencia, en los conflictos internos de los partidos e incluso en acontecimientos internacionales. A partir de ellos se iniciaba el proceso de creación del mensaje, en el que se incorporaban elementos de tipo simbólico y textual, en donde nada es gratuito ni neutral, desde un gesto o una forma de mirar de un personaje hasta la vestimenta, también se regodeaban en la exageración de los atributos o defectos físicos de las personas, se hacían directamente o indirectamente analogías.

Instrumentos de diversa naturaleza, adornos, aparejos, armas, emblemas, palabras, símbolos e iconos, encuadraban en una lógica que da cuenta de la mentalidad de quien producía la obra así como del ambiente reinante. El caricaturista trataba de ser fiel al objetivo de ridiculizar con sus trazos una situación o un dirigente político, la ironía no faltaba, ni el espíritu de mofa, pero, las pasiones partidistas cubrían los más importantes escenarios y la actividad periodística no escapaba a esa dinámica en la que el dibujante adscrito a una colectividad de manera irremediable, realizaba su labor desde un ángulo militante. Esta es pues una característica peculiar de la caricatura política en el periodo, por eso, en ella se aprecia el interés de producir mensajes significantes que dan cuenta

de la visión y de la imagen negativa que se tenía y que se quería propagar del adversario.

Si bien la tradición de la caricatura política en Colombia desde el siglo XIX muestra siempre un estilo mordaz y ha tenido o ha estado asociada a intereses políticos, como se puede constatar en los trabajos mencionados de José León Helguera y en la *Historia de la caricatura en Colombia*, nunca antes se había llegado a un nivel de tanta elaboración sistemática ni de tanta polarización como el de estos años.

Ricardo Rendón, el más destacado y fino caricaturista de la primera mitad de éste siglo, siendo liberal, no pretendió ir más allá del sarcasmo y de la ironía e incluso antes de su muerte, fue crítico del nuevo gobierno liberal de Olaya Herrera. En el período que estamos mirando, los caricaturistas de todos los diarios se destacan por convertir su labor en una tribuna más del combate sectario entre los partidos. Se fustiga al rival, se le asocia con lo negativo y con lo que representa destrucción a la vez que se ensalza la condición y las virtudes propias. Se podría inferir que el carácter sesgado de esta fuente histórica dificulta el análisis, lo cual sería aceptable si el propósito fuese el de reunir información sobre acontecimientos puntuales o el de establecer la secuencia de los hechos, pero en la perspectiva de obtener elementos útiles para saber del ambiente y de las circunstancias espirituales, del conjunto de valoraciones simbólicas que alimentaban el conflicto, es por el contrario una fuente de singular importancia, como lo es también la palabra de los protagonistas en los discursos, en los editoriales y en otras formas de expresión, porque ellas

nos dan la oportunidad de rehacer el cuadro de los imaginarios políticos en los que se inspiraba y se inscribía el accionar cotidiano.

La caricatura además de sus elementos simbólicos, era auxiliada por recursos textuales como letreros y leyendas, diálogos, consignas, versos, así texto e imagen se conjugan dando lugar a un mensaje homogéneo, sin equívocos, contundente, que a la vez que dice de una forma de revelar lo que está sucediendo, también dice de una intencionalidad clara. Resume la política editorial del periódico y el pensamiento del partido o facción partidista con el que se identificaba. Como veremos adelante, los caricaturistas eran reiterativos y recurrentes en el uso de algunas simbolizaciones y en acometer contra determinados personajes, casi hasta la obsesión, causando la impresión de ser un producto meramente propagandístico. Sin embargo, éste carácter no va en detrimento de la naturaleza de la caricatura. Cassirer en *El mito del Estado* nos da la clave para comprender mejor este asunto, cuando explica que en las sociedades modernas la lucha por el poder ha involucrado técnicas de propaganda masiva a través de las cuales se orienta y se manipula a la opinión pública y se crean o rehacen mitos como el del caudillo salvador en épocas de gran crisis o de grandes tensiones sociales, sus reflexiones fueron hechas en los años 40 a la luz de las experiencias políticas rusa, alemana e italiana. La propaganda masiva es pues un recurso en la vida política moderna y es fundamental en los momentos de gran tensión. Los periódicos colombianos no fueron ajenos a tal condicionamiento. La caricatura de entonces, sin duda, cumplía funciones de propaganda de imágenes, de símbolos y de creencias.

En *El Tiempo* encontramos a varios caricaturistas identificados con su apellido o con seudónimo. Arango, Serrano, González, Rincón, Franklin, López R., Chapete, K.O., Quin, entre quienes se destacan Rincón, Chapete, Serrano y Franklin en cuanto a mayor número de cuadros. *El Liberal* en cambio, trae siempre los dibujos de Adolfo Samper. En *El Siglo* la mayoría de las caricaturas aparecen firmadas con seudónimo y muy pocas carecen de firma autógrafa, entre los que encontramos a Jack Monkey, Pin Pon, Grans, O.K., Belmol, Joselim, Chaplin, Donald, Mickey, uno que se identificaba con el símbolo del pescado y otro con el dibujo de un ratón. De ellos los de mayor aparición fueron el del pez, Monkey, Donald y Mickey, aunque por la forma de sus trazos estos cuatro parecen ser la misma persona. Las caricaturas en gran parte están ubicadas en la página editorial (4a), pero en *El Siglo* en los primeros años de circulación estuvieron en la primera.

El formato era rectangular o un cuadrado, generalmente tenían un título, en veces leyenda y/o diálogos de los personajes dibujados, también van acompañadas de letreros o palabras que ayudan a designar algo o a dejar en claro una analogía o una asociación, por ejemplo, el hombre viejo, de sombrero ancho, ruana negra y barbado con que se representaba al conservatismo en la prensa liberal, casi siempre llevaba impresa la palabra "conservatismo", las armas de fuego o blancas tenían leyendas de "violencia liberal" o "conservadora" o "persecución....." según el diario. Hay otra serie de elementos difíciles de tabular pero que tienen un sentido determinado, como por ejemplo la sonrisa sarcástica o cínica con que era dibujado López Pumarejo, o el gesto de amargura y de rencor en el rostro de Laureano Gómez. Los gestos, las posiciones, el vestuario, los recursos simbólicos y emblemáticos, objetos, leyendas y diálogos, constituyen una

totalidad coherente en la que es posible detectar aspectos importantes del imaginario y de la cultura política.

Su articulación con la línea editorial era clara pero no necesariamente con el comentario central del periódico, de todas formas los contenidos y la función significativa eran similares y se inspiraban en los hechos de la coyuntura para crear y reafirmar las formas de ver y de mirar al otro. Veamos entonces sus contenidos.

país o era

Alberto Lle

Turkey lo a

de mayor o

estuviesen

Saitan,

Francisco

nuestra de

... los cargos que

... Jorge Elécer

Jorge Uribe Márquez y

... embros de la elite

... encontramos los sig

En una

detos:



6. LA DESTRUCCION SIMBOLICA DEL OTRO

Los caricaturistas liberales y conservadores utilizaron a los líderes más representativos de ambas agrupaciones en sus trabajos. En *El Siglo*, aparecen según el poder detentado o su proyección, de ahí que en cada coyuntura o período de gobierno se noten cambios de personajes, así, López Pumarejo está en los trazos en muchas ocasiones mientras fue presidente del país o era candidato a la presidencia, sus inmediatos colaboradores como Alberto Lleras Camargo, Darío Echandía, Carlos Lleras Restrepo, Gabriel Turbay lo acompañan casi permanentemente, cada uno de ellos era utilizado con mayor o menor intensidad de acuerdo con el protagonismo o los cargos que estuviesen desempeñando. También sobresalen Eduardo Santos, Jorge Eliécer Gaitán, Enrique Santos "Calibán", Darío Samper, Jorge Uribe Márquez y Francisco José Chaux entre otros miembros de la elite liberal. En una muestra de 430 caricaturas analizadas encontramos los siguientes datos:

Los dibujos de personajes de la misma corriente son pocos, unos cuantos sobre Laureano Gómez y cinco (5) sobre Mariano Ospina Pérez, todos de carácter positivo a diferencia de las anteriores.

En la prensa liberal, por el contrario, el personaje que concentra la mirada de los caricaturistas es Laureano Gómez, quien está en 13. Sobre personajes liberales hay algunas con el partido.

En las ... observa un proceso sistemático de ... de los asuntos corrientes **No de Referencias** ... muestran como dirigentes belicosos, ...

Jorge Eliécer Gaitán.....	67
Carlos Lleras Restrepo.....	65
Alfonso López Pumarejo.....	53
Darío Echandía.....	44
Eduardo Santos.....	42
Gabriel Turbay.....	27
Alberto Lleras Camargo.....	25
Enrique Santos "Calibán".....	21
Gabriel Cano.....	12
Enrique Olaya Herrera.....	6
Otros.....	64

Los dibujos de personajes de la misma corriente son pocos, unos cuantos sobre Laureano Gómez y cinco (5) sobre Mariano Ospina Pérez, todos de carácter positivo a diferencia de las anteriores.

Otra de las cosas que llama la atención es el esfuerzo por ... En la prensa liberal, por el contrario, el personaje que concentra la mirada de los caricaturistas es de lejos Laureano Gómez, quien está en 74 ocasiones en una muestra de 190 cuadros, le sigue Guillermo León Valencia en 7 y otros (M.Ospina, Alzate A., S. Villegas, etc) en 13. Sobre personajes liberales hallamos 15 referidas especialmente a López, Gaitán y E. Santos, algunas con fuertes ataques en razón de las rivalidades internas en este partido. A su vez, desde el ámbito conservador laureanista, se atizan y se exponen las disputas entre los caudillos y jefes del liberalismo para

En las caricaturas se observa un proceso sistemático de destrucción simbólica del otro, pues a más de los asuntos corrientes, aparecen asociados a imágenes y acciones que los muestran como dirigentes belicosos, agresivos, en suma bajo una faceta negativa para la sociedad y por lo tanto desastrosa si llegasen a detentar el poder que es lo que está latente en todos los escenarios de la confrontación. De esa percepción generalizada sólo escapan por breves momentos Alberto Lleras y Mariano Ospina P., el primero cuando entró a reemplazar a López P. en la presidencia en agosto del 45 y ofreció efectivas garantías electorales en los comicios del 46 al conservatismo, lo que le grangeó comentarios editoriales desde *El Siglo* que lo colocaron en el sitial de los hombres epónimos de la patria, esto se dijo de él: "...hay una figura humana que se destaca sobre todo el panorama nacional: la del Presidente Alberto Lleras...ha sido el autor de esa obra inmensa. Loor eterno a su nombre " (E.S. may 6/46). El segundo porque encarnó y propuso una política de conciliación y de entendimiento entre los dos partidos a través de la Unión Nacional, la cual tuvo eficacia en distintos momentos de su mandato.

Otra de las cosas que sobresale es el esfuerzo por aprovechar las divisiones internas de la colectividad rival, la mirada liberal al concentrarse en la figura de Laureano Gómez no sólo resume el temor ante lo que considera un peligroso espíritu de cruzada de la extrema derecha del país, sino también el deseo de alentar a las otras facciones conservadoras para que no se dejen aplastar por la " disciplina para perros " instaurada por él. A su vez, desde el ángulo conservador laureanista, se atizan y se exageran las disputas entre los caudillos y jefes del liberalismo para

6.1 Laureano Gómez

Por el testimonio de los protagonistas liberales, éste hombre constituía una auténtica amenaza para la patria y por ende para el liberalismo. Era el portaestandarte de las ideologías de extrema derecha triunfantes en buena parte de Europa en la década del 30, su verbo incendiario, sus consignas en pro de la desobediencia civil, los llamados a la abstención electoral, la promesa de hacer invivible la república ante un eventual segundo mandato de López P., sus declaraciones sobre la legitimidad de apelar al atentado personal, sus campañas diarias desde *El Siglo* contra los gobiernos liberales, el respaldo a la conspiración como método de lucha, etc. eran los argumentos tras los que se atrincheraban los caricaturistas liberales, para crear y divulgar la imagen de hombre siniestro, propiciador de la violencia y la persecución contra el liberalismo: en una palabra se condensaba esa mirada al ser designado como el "monstruo".

Es representado como un ser intemperante, sectario, que sueña con el poder para convertirse en dictador, por eso en las caricaturas es vestido con el uniforme de la falange española, con camisas negras, o como un Napoleón fracasado en la batalla de Waterloo, o como un general romano. En los escenarios en que está él, hay cuadros en las paredes con la imagen de dictadores como Francisco Franco, Mussolini, Hitler y hasta de Stalin, en veces se le pinta como paje de Hitler y como mandadero de Franco, son varias las caricaturas de Samper en *El Liberal* en las que tiene una maleta en sus manos con el letrero "instrucciones de Franco". Es dibujado como un gorila, jefe de la "popol", con un látigo o reja en sus manos que alude a la disciplina para perros que se decía, le impuso a su partido, es la pierna de

un hombre - el conservatismo - que sufre de gota, es un hombre agresivo, manipulador, pero también es mostrado como un ser enfermo, desgastado, sin alientos, torpe, enredado hasta en sus propias piernas, en todas aparece con los piés torcidos, haya o no tenido tal defecto no importa, pues lo que vale es la imagen que se difunde que es la que llega a la retina del lector y quien la asimila en su memoria como un dato de la realidad.

Tiene como punto de apoyo un bastón cuyo mango es la cruz gamada nazi, y porta armas de fuego, puñales, está preparando bombas, urdiendo intrigas, organizando conspiraciones, es un cocodrilo, un gato bandido o un perro furioso. En suma se proyecta la imagen de un hombre propiciador de violencia y de odios que simpatiza con los regímenes totalitarios europeos y quiere implantar un modelo similar en el nuestro. De esa forma, Gómez simbolizaba el obstáculo a cualquier posibilidad de entendimiento entre liberales y conservadores, era alguien en quien no se podía confiar ni siquiera en el período de la Unión Nacional, pues para entonces tenía dos caras, una amable y tierna para con el gobierno de Ospina y por ende amigo del entendimiento, otra, agresiva y violenta, que era la real y con la que atizaba el fuego de la confrontación y con la que acariciaba sus sueños hegemónicos.

Laureano Gómez logró alcanzar su meta de ser presidente de Colombia, gracias en gran parte a la abstención liberal en las elecciones de noviembre del 49, pero tuvo que pagar un elevado precio, la de su imagen destruída por la campaña de los adversarios -de la que no se pudo librar de manera completa- y con los que tendría que negociar tiempo después el acuerdo del Frente Nacional. El daño recibido fue irreversible y hasta heredado por su

hijo Alvaro quien fracasó en varias ocasiones en su intento de ganar la presidencia del país, porque sectores importantes de la opinión pública lo identificaban como "el hijo del monstruo".

Para resaltar su estilo autoritario de mando y su arrogancia, es pintado casi siempre solo o en actitud de discordia con los dirigentes de su propio partido con los cuales está en plan de dirimir quien es el que manda. No se entiende ni con Ospina a quien apoya circunstancialmente, ni con Guillermo León Valencia, ni con Alzate Avendaño, ni con Silvio Villegas. El personaje con el que aparece mayor número de ocasiones es Uribe Cualla, quien siempre está en función de limpiarlo con un sacudidor, queriéndose indicar que la única forma de amistad que le sirve es aquella basada en el vasallaje. 3/

(Ver diapositivas No 1 a 22, o seleccionadas 4-5-7-11-12-13-17-20)

Posteriormente, cuando consolidó su condición de jefe único y oficial de su partido, el tono de las caricaturas dio un giro radical, como se podrá apreciar en la parte gráfica. Las referencias son muy reiteradas y de un marcado ánimo destructivo durante el año 47 y el 48 hasta el momento de su asesinato. Las características del proceso de destrucción de la imagen de Gaitán muestran una mayor agresividad aún que la del caso Gómez. Su perfil físico es deformado y exagerado: sus dientes son pronunciados, su rostro es torpe y salicón, es representado como un torpe, tímido y gorrilado, títere, agente y aliado del comunismo, es un anarquista que promueve desórdenes, tira piedras al gobierno y ataca a la Justicia. Es dibujado como un bandido orgullo de rulas, puñales, escopetas, revólver al cinto, y fusiles tiene los manos untadas de sangre de las víctimas.